



CÁRMINE

Una vida por dos mundos

Francisco Tosi

CÁRMINE

Una vida por dos mundos



Primera edición: marzo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 978-84-19151-74-2

ISBN digital: 978-84-19151-75-9

Depósito legal: M-7705-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mi esposa María Julia y nuestra hija Julita

PRÓLOGO

La vida de un joven de cuna pobre, en Ravello, cerca de Nápoles, en la costa amalfitana, a su nacimiento en 1872, poco después de otra gran erupción del Vesubio, solo prometía sangre, sudor y lágrimas con el poco trabajo disponible. La educación era para privilegiados y progresar en la vida sin los esenciales contactos y una recomendable formación, casi imposible.

Esta es la historia de ese «casi». Porque, aleatoriamente o tal vez por destino, Cármine recibe una oportunidad, que sin saberlo ni elegirlo lo ubica en una posición política.

¿Cómo podía conocer él de antemano si la dirección de la propia existencia era la correcta? Difícil predecirlo. Cármine, con su adquirida formación decimonónica, es un hombre de principios. No puede saber si son correctos, porque, en su condición, solo trata de vivir.

Hacia 1882, los pilares que habían sostenido durante siglos la sociedad donde nació Cármine demostraron, en el curso de pocas décadas previas, su fragilidad. El reino borbónico desapareció, la Iglesia quedó peleada con el Reino de Italia, a tal punto que regía para los católicos la prohibición de la política. La Iglesia católica romana temblaba ante la afrenta de haber sido desalojada de Roma, la ciudad santa, con la fuerza de las armas en 1870, perdiendo así el poder temporal territorial. Sus máximas autoridades, con el papa a la cabeza, estaban reclusas y autoencerradas del otro lado del Tíber, en el monte Vaticano.

El mundo seguía avanzando cabalgando veloz la modernidad. Día a día, aparecían nuevos inventos, la escala industrial reempla-

zaba al artesano, el vapor al caballo y la energía a corriente alterna al aceite y al gas. El viejo orden mostraba crecientes grietas, pero tampoco estaba caído ni terminado. Anarquistas, comunistas, monárquicos, liberales, republicanos, religiosos, laicos y confundidos convivían con tensión.

Cármine, el hombre de Ravello casi adoptado por don Leone, todavía poderoso sacerdote, escribía su historia y aportaba su pequeño empuje para el lado que le tocara y, sin saberlo, enfrentaba el profundo misterio de la oportunidad que ofrece y es la misma vida.

Hasta que un día, sin elegirlo, se produce su ingreso a un, antes a él ignoto, *cursus honorum*. Aparece la posibilidad de ayudar a la Iglesia, haciendo hábito de la convicción. Donde fuera. ¡América! ¡Argentina!

De eso trata su gran viaje. Su vida en Buenos Aires y su contacto con el inmenso y atractivo país del sur, una de las importantes metas de la inmigración italiana, le abren un panorama inmenso.

Ocurre lo inesperado, encuentra el amor, firme, sensual, terminal y definitivo. Pero el nuevo país tiene sus características propias con la que debe confrontarse. El encuentro con el amor maduro, intenso, es un aliado formidable.

El mundo alrededor sigue su trágica cabalgata rumbo a las grandes matanzas. Pero eso será mucho más adelante porque este texto se detiene en 1902. Y ya es bastante, por ahora.

FRANCISCO TOSI.

Buenos Aires. Octubre de 2020.

CAPÍTULO 1

CÁRMINE

La gran erupción del Vesubio de 1872 fijó un hito temporal en el napolitano, como es habitual llamar a todo el territorio alrededor de la gran ciudad partenopea y su simbólico volcán. Se dice que el carácter exuberante de los habitantes se viene transmitiendo desde milenios justamente desde las entrañas del propio monte. Su nombre, Vesubio, «inapagable», parece haber sido recibido durante la época fundacional griega.

Fueron precisamente los aqueos quienes crearon la ciudad como las nuevas polis, o sea, *neos polis*, extrañamente o simbólicamente a tan solo nueve kilómetros de la terrible amenaza de lava y ceniza del monte. Definieron que el propio Hércules debería haber realizado alguna de sus extraordinarias tareas por allí, por eso también llamaron a otra de las ricas ciudades como Herculano. Fatalmente hermanada por el desastre de la erupción con la vecina Pompeya. Dentro de esas magnificencias históricas, poco después de la famosa convulsión del volcán de 1872 que antes citáramos, en la segunda semana de mayo de ese año, nació Cármine. Su madre lo registró algún tiempo después, con lo que su fecha precisa de nacimiento quedó algo difusa. Solo fue establecido el mes de mayo de 1872 y burocráticamente la fecha quedó materializada en el día 25. Sin embargo, estas precisiones nunca le importaron al propio Cármine, que jamás imaginó que alguien pudiera estar interesado en relatar su historia. Pero así son las co-

sas de inesperadas y justamente es de Cármine de quien discurre este texto.

La ciudad de Ravelo está cerca de Nápoles, unos cincuenta kilómetros, un día de viaje y aún menos si es de navegación. Es famosa por su *duomo*, la iglesia de San Giovanni del Toro, la Villa Rufolo y la Cimbrone. Pero ese no era el ambiente habitual del hogar de Cármine. Era el noveno hijo de Annunziata, cuyas actividades no producían ingresos suficientes para mantener a todos los hijos. Pertenece a la inmensa mayoría de la población de la época, o sea, los pobres.

Su padre, que llevaba el pintoresco y curioso nombre helénico de Patroclo, trabajaba con mucho esfuerzo en tratar de sacar del acantilado y del terreno pedregoso algún fruto útil para la venta.

Con esos modestos resultados, desaparecía por días, rumbo a Nápoles, la gran ciudad, y sus mercados. Parecía cerca mirando por encima de los árboles hacia las sucesivas bahías, pero por tierra era lejos, usaba decir el padre para justificar la larga duración de sus ausencias.

Hasta que en unos de esos días no se lo vio más. La distancia debía ser importante, pensó Cármine al cumplir diez años, porque ya ni se acordaba de la cara de su padre que, según la conclusión de sus rudimentarios cálculos, debía haberse ido unos cinco años atrás, ya faltaba hacía mucho.

Era así el menor de los hermanos, lo que era una ventaja porque todos tenían que buscar trabajo, pero a él le tocaba menor responsabilidad y mayor libertad.

Entonces, con buen criterio, su madre logró que fuera a los primeros años del colegio de los curas.

Cármine era naturalmente despierto y, a diferencia de sus hermanos, aprendió rápido y con bastante soltura a leer y escribir. Annunziata, con la razón astuta de la necesidad, tuvo además la buena idea de llevarlo al *duomo* para ayudar al párroco. Monseñor estaba más bien satisfecho con los auxiliares que tenía, pero no le pareció mal tener un monaguillo más. El niño tenía una mirada clara y el aspecto y la apariencia de un buen chico.

Para todos sus hermanos y su madre eso fue un ascenso notable porque, además de alguna comida que lograba llevar Cármine a casa, también podían tener lugares casi reservados durante la misa, siempre que no fueran las del viernes o la del domingo. Así fueron pasando los días.

Así, a los diez años, compartía el colegio con su actividad en la iglesia, beneficiando los privilegios de ambos para su preparación y aportando mucho a su familia. Los tiempos que corrían no eran favorables para los pobres, aunque en el pasado tampoco, según decían los ancianos, las cosas hubieran sido mejores. Imperaba, en la época, una especie de general resignación ante los acontecimientos tan impactantes de las últimas décadas. Esencialmente, Ravelo era un pueblo trepado al acantilado amalfitano que vivía del pastoreo, de algunos cultivos de olivos y vid y de bajar al mar para la pesca. Algunos afortunados lograban trabajar para los huéspedes ilustres que circunstancialmente aparecían. Algunos, los menos, inclusive se establecían allí, siendo una fuente de trabajo para el bien de los raveleses.

Para los extranjeros, resultaban panoramas muy bellos insertos en una misteriosa melancolía local, mezcla de alegría en sus canciones y bailes y tragedia en la mayoría de sus letras e historias, cuando las entendían.

Las familias nobles o aventajadas del lugar se esforzaban en hospedar a los que venían temporalmente y especialmente a los que, espontáneamente o siguiendo alguna inspiración, se podían permitir afrontar gastos elevados. Muchas de las villas estaban esperando locatarios desde el norte. Cármine descubrió, con el avanzar de la edad y los conocimientos que la escuela ponía a su alcance, que una gran obra del siglo XIV, el *Decamerón*, tenía algo que ver con Ravelo. Se sintió orgulloso. En la iglesia no podía ni nombrarlo, pero en la escuela conoció solo el asunto de que en algún momento una parte de la obra se desarrollaba en la propia Ravelo.

También escuchó que no había duda de que los grandes de la época fundacional de la literatura en lengua italiana eran tres:

Dante, Petrarca y Boccaccio. Curiosamente, del tercero apenas se estudiaba, y muy por encima, en el colegio. De hecho, solo parecía nombrarse en lo que se refería a Ravelo. Como si estuviera muy por debajo de los otros dos. Su obra principal se llamaba el *Decamerón*, un conjunto de cien relatos. No lo encontraba en ningún lado y eso le daba más curiosidad, pero no lograba conseguir un texto entero. Solo encontró una breve síntesis de su contenido en un diccionario enciclopédico.

Allí leyó que, en el famoso relato, diez jóvenes, tres hombres y siete mujeres, escapan de la peste de Florencia de 1348 y durante diez días cuentan las historias. De esos diez días, el nombre de la obra. Se les había ocurrido relatar una historia cada jornada, menos viernes y sábado, durante catorce días y una de ellas era nada menos que en Ravelo. Pero el libro, además de la enciclopedia, estaba mencionado, citado y comentado en otras obras, pero, de nuevo, era muy difícil de encontrar. No estaba en la biblioteca del colegio y tampoco en la de la iglesia, que eran las únicas a las que podía acceder. Paradójicamente, tampoco le contaron ese único cuento, el raveliano.

Así Cármine iba creciendo y ya su alta y fornida figura era un poco exagerada para monaguillo. Por eso el párroco tenía que decidir qué hacer con él; de seguir ya como auxiliar directo, debía tener el acuerdo con el propio vicario y con la aprobación del obispo, que no tenía sede en Ravelo, sino en Scala. El joven se puso un poco ansioso porque no le gustaba nada perder su modo de vida actual. Los curas lo ayudaban para que siguiera en el colegio y en la escuela consideraban importante que estuviera en la iglesia.

Tuvo que esperar la respuesta, solo era cuestión de aguantar un poco, con paciencia. Al cabo de unos meses, cumplidos ya sus quince años, decidieron que siguiera como auxiliar del sacristán. Mientras esto pasaba, habían ocurrido varias tragedias.

Tres de sus hermanos murieron por la epidemia de cólera de 1884 que se llevó muchas vidas, especialmente en Nápoles. La madre logró superar ella misma el contagio con dificultad, aunque

todos decían que tal cosa era prácticamente imposible, le quedarían duras secuelas. Pero Annunziata pudo. Quedó muy débil y enfermiza, pero no murió.

El tiempo transcurría y los seis hermanos ya eran grandes. Solo una de las hermanas, casada con un pescador, y el propio Cármine seguían ayudando a la madre; el resto apenas lograban cuidarse a sí mismos y a las pequeñas familias que trataban de constituir.

En esa época, Cármine tenía la extraña impresión de que su tiempo comenzaba a acelerarse. Probablemente fuera la sensación de su propio crecimiento. Curiosamente, era bastante alto y flaco, aunque robusto, el pelo castaño y los ojos verdosos, distinto a sus hermanos, que eran más bien bajos y morrudos, con el pelo oscuro y los ojos pardos, como la mayor parte de la población del lugar.

En la iglesia, el párroco y los otros curas asistentes y responsables de las principales capillas recibían a muchas personas. Inclusive conoció a muchos de los poderosos de Ravelo, como los Acconciajoco, Alfano, Aufiero, Longo, Panicola, Tettamanti. No registraba los nombres de cada uno, pero era inevitable escuchar las conversaciones. Eso despertó su curiosidad. En el colegio no se hablaba nada de la política o de la realidad institucional, pero todos conocían a los poderosos. Él observaba a todos, aunque no tuviera mucha información sobre lo que sucedía en el Gobierno o en el lejano mundo de los ricos. Todo le resultaba interesante, era muy observador.

En los libros sagrados que leía con más hábito que genuino interés, encontró mucha historia, argumentos tortuosos de los hechos antiguos, otros hechos misteriosos que se explicaban por la fe, pero nada de eso muy concreto. Pero el balance era favorable. Con la continuidad de lecturas y oído atento a tantas noticias que pasaban por la iglesia, sacristía y comentarios, empezó a relacionar situaciones con intereses y también personas. Aparte de los textos, las conversaciones que escuchaba eran, en algunos casos, interesantes. Tenía curiosidad por las cosas que se decían y que él no entendía. Pero también sobre otras comenzaba a tener alguna idea.

Entre todas, una le llamó más la atención. Algo pasaba con Italia. ¡Él era italiano como todos! ¿Qué podía suceder? ¿Era un conflicto con la Iglesia?

Era evidente que el asunto tenía mucha importancia porque estaba en boca de muchos. Chismes y esas cuestiones, que Cármine simplificó en llamarlas «políticas», era lo que más escuchaba.

Así entendió de a poco que todos hablaban de cosas similares. Una de las más frecuentes era lo que había pasado un poco más que veinte años antes y, sin embargo, el tema seguía presente.

Resulta que un jefe carismático italiano, aunque, si hubiera nacido en esos años, sería francés, había producido un gran alboroto, desastre, decían algunos. Venido algo más de veinte años atrás, desembarcó en Sicilia y, así avanzando desde el sur, a la cabeza de un ejército no muy ordenado, en pocos meses había barrido con la defensa borbónica, que eran los que gobernaban desde hacía siglos. Supuestamente, todos decían que el Gobierno era el que tenía un mejor y más disciplinado ejército y una fuerza de marina envidiable. Pero habían sido derrotados, muchos sin ofrecer demasiada resistencia. Asunto misterioso, consideró Cármine.

Curiosamente, Garibaldi no se había hecho proclamar él mismo como rey, sino que se convocaron elecciones plebiscitarias para unirse a otro reino, el del norte, el de los Saboya, para así ser uno solo, el Reino de Italia.

El significado de esa palabra, «elecciones», la buscó en el diccionario y verificó que se trataba de un proceso por el cual la gente elige a sus gobernantes. Hasta justo debajo del nivel del propio rey, que queda excluido y procede de reglas hereditarias.

Cármine era ya bastante instruido y sabía que ya los reyes no eran seleccionados por Dios, pero le sorprendía este Garibaldi, el nacido en Niza, que en su momento había sido cedida a Francia. Se guardó sus dudas bien escondidas porque el asunto era conflictivo. Por las conversaciones que escuchaba, a ese franco italiano no lo quería nadie de los ancianos y poderosos del pueblo. Aprendió que ya no era el Reino de Nápoles o también llamado de las «Dos

Sicilias», sino que era todo parte del Reino de Italia. Ese proceso se había llamado curiosamente de «unificación». Incluyendo la cruenta invasión a Roma, ahora la capital de Italia.

Una gran confusión para el joven. Pero más le preocupaba que su madre estaba envejeciendo rápidamente. Sería el efecto de la epidemia de cólera o las condiciones de su vida. La madre no estaba bien, Cármine quería que no trabajara más y descansara. Frecuentemente le subía la fiebre. ¿Sería cólera otra vez? Cármine se quedaba con ella a la noche y le leía historias. Ella lo disfrutaba y parecía estar un poco mejor. Un día de esos, le preguntó sobre Garibaldi.

—¡Nos hizo daño! Vinieron todos esos nuevos piamonteses a mandar. Dicen que en Nápoles están poniendo la ciudad patas arriba.

Cármine no entendió con claridad a que se refería con Nápoles «patas arriba», dado que nunca había ido a la gran ciudad. Con el tiempo, vería las obras públicas y las nuevas galerías comerciales en el centro que le mencionaba su madre, que, a su vez, lo había escuchado por un par de vecinas que habían ido alguna vez. Comprendió que se había vulnerado un viejo orden y reemplazado por uno nuevo con personas diferentes y leyes fuera de lo ordinario. Eso estaba claro. Era un asunto para profundizar más. Cármine, a sus dieciséis años, ya quería entender y lo que se preguntaba necesitaba respuestas. Pero había también aprendido a esperar y ser paciente.

Para empezar, conociéndose a sí mismo, llegó a la conclusión de que su vida, si no hubiera sido por el colegio y la iglesia, no había empeorado, sino mejorado mucho. Estaba bien gracias a ellos. Le volvió a preguntar a su madre qué había pasado con ese cambio que había provocado, según todos, ese Garibaldi. No tuvo una respuesta clara.

Se propuso profundizar la cuestión con la debida cautela y a su debido momento. Lo mismo que el asunto de Boccaccio. Era evidente que fuera de su Ravelo había mucho para ver y conocer. Valía la pena seguir el camino comenzado. Además, no veía otro.

CAPÍTULO 2

EL PLAN Y LA PROPUESTA

A fin de mayo de 1890, al cumplir los dieciocho años, Cármine siente que su tiempo está llamando. ¿A qué? No lo sabe bien, pero hay un ruido en su interior, un sentido en su corazón y un alboroto de ideas en su mente que lo empujan a la acción. Pero ¿cuál? Sus hermanos no han tenido la suerte, oportunidad o esfuerzo que ha vivido él. Es obvio que ya no puede pagarse posteriores mayores estudios superiores, tampoco tiene ganas de encerrarse por sí solo entre libros y bibliotecas. Menos aún, la iglesia. Sin embargo, mientras pueda hacer esa vida, no va a seguir algunos planes locos como esos compaisanos suyos que se van a América a la búsqueda de aventuras y dinero. O peor aún, esos otros que aceptan enrolarse para salir a destinos ignotos. No le parece confiable.

Uno de esos días que le sobraba tiempo en la iglesia, terminada su tarea con el sacristán, se le ocurrió hablar con el párroco, llamado *don Leone*. El nombre de la gran bestia no era apellido, sino sobrenombre o abreviación de Leoluca, el original, el verdadero. Le preguntó:

—Don Leone, siento que tengo que tomar una decisión, pero no entiendo cuál es.

El cura lo miró con sus grandes ojos celestes bajo las pestañas ya grises.

—¡Tal vez sientas el llamado del Señor!

—No creo.

Cármine no quería malquistarse con el viejo, pero poderoso, Leone ni tampoco quería faltar a la verdad.

—Podría ser, pero me parece que no.

El cura trató de ablandar la negativa.

—El seminario es duro, pero después te espera una vida dedicada a Dios, como la mía.

Cármine meditó sobre esas palabras. Efectivamente, el párroco hacía una buena vida y los asistentes también. No era necesario llegar a obispo, esos sí la pasaban de lo mejor, hombres de poder no solo espiritual, pero con la ordenación sacerdotal se hacía una vida digna.

De la reflexión, Cármine no sacó ninguna conclusión concreta. Pero sabía que cura no quería ser por más que pasara tanto tiempo en la iglesia.

—¿Es por la tentación de la carne? —

preguntó el clérigo, levantando levemente el tono de voz. A Cármine el asunto le dio curiosidad, como si fuera algo original y atractivo de un problema de otros.

Era cierto, eso era una contra, aunque la experiencia de Cármine todavía no era extensa en esa cuestión, la sexual. Por eso le comentó que era algo más amplio, pero que, al final, tal vez llevaba a lo mismo. Evidentemente, ese era un problema, entre otros.

—¿Cómo hizo usted?

El cura movió la sotana, cruzó de nuevo las piernas y lanzó un suspiro. Cármine se quedó callado como para dejarlo hablar.

—Te voy a contar mi historia para que veas las dificultades de la vida y sus vueltas.

Cuando era joven, un poco que menos que tú, pero cerca, tenía una novia. Como sabes, soy de Padua, en el norte, muy lejos de acá. Es cierto que estoy por esta zona hace ya muchos años, más de treinta, pero me dicen que conservo, por lo bajo, el seseo véneto.

Cármine se rio porque era cierto, pasaban los años, pero Don Leone seguía notándose que era del norte, de allá lejos.

—En aquellos años, tenía un poco de tierra que había heredado de mi padre y quería casarme con *Pina*, diminutivo cariñoso de Giuseppina.

—¿Ella era de esa ciudad también?

—Sí, éramos vecinos. Nuestros padres eran amigos. Nos conocimos yendo a misa, justamente.

—¡Ahí! Una señal divina —
dijo espontáneamente Cármine.

—Ya verás.

El hombre se puso serio y se le desdibujó la sonrisa que siempre tenía y lo hacía parecer bonachón y amigo de todos.

—Nos íbamos a casar en la primavera. Antes de la anexión. Todavía estaban los austríacos.

Cármine recordó la historia reciente de la independencia que había estudiado por su cuenta y algo había escuchado en el colegio y relacionó las fechas. Como si estuviera comprobando la veracidad del relato. Le dio vergüenza. No dijo nada.

—Me imagino que estás calculando las fechas. Fue poco antes de la anexión del lombardo véneto. Pero no le hace a lo que pasó. Fue algo que nada tenía que ver con eso, aunque fue bastante complicado también.

El joven se quedó algo perplejo, el cura hubiera preferido seguir con los austríacos antes que con la unidad de Italia. ¡Qué mundo raro! ¡Unos extrañan a los borbones y otros a los austríacos! Entonces, ¿quién los había votado? Misterio. ¡El ser humano nunca se conforma! Pero tampoco dijo nada. Se acomodó en la dura silla de madera de la amplia sacristía.

—Acá viene lo imprevisto —advirtió el de sotana.

Afuera empezó a caer una garúa finita. El viejo miró al cielo a través de los bellos vitrales. Contempló como cambiaban los colores de brillantes a opacos de acuerdo a la luz externa. Se nota que pensó algo, pero no dijo nada.

—¿Qué pasó con Pina? —

preguntó el joven, que se había quedado pendiente del relato.

—¡Tienes razón! Nos íbamos a casar un 25 de marzo, poco después del inicio de primavera. No era una boda importante, pero todo parecía marchar de lo mejor. ¡No era para la capilla de los

Scrovegni con los frescos de Giotto, pero era en la propia basílica de San Antonio! ¡Con lo que me costó conseguirla!

Cármine sabía que Giotto era un gran pintor del trescientos, inventor de la perspectiva, pero esa capilla no le decía nada. Igualmente, lo miró siguiéndole el énfasis.

—Estaba todo preparado. Íbamos a ser felices. Eso me decía ella.

El cura paró de hablar, parecía emocionado. Sacó un pañuelo blanco y se secó la boca. Cármine notó que la emoción parecía haberse ido. Retomó el hilo.

—Te la abrevio. Pina se escapó antes de la boda. El día antes.

—¡Qué raro!

—Resulta que a mis espaldas ella veía a otro hombre. Es raro porque allí donde estábamos, en Bosco San Giorgio, todos nos conocemos y, sin embargo, nadie me dijo nada.

—¿Y qué pasó? ¿Se casó con otro?

—Es raro y es correcta tu pregunta. No se casó tampoco con el otro. Con sus diecinueve años se escapó de su casa.

—¡Se escapó! ¿Supo dónde fue?

—De entrada, nadie parecía saber. Yo estaba loco de dolor, pero también de bronca. Hice algo equivocado, pero que, en ese momento, era comprensible. La perseguí.

—Eso no es fácil.

—¡Cuánta razón tienes! Parece fácil, pero encontrar a alguien en ese momento, e imagino que ahora también, no es nada fácil si la otra persona no quiere. Pina era evidente que no quería.

Cármine estaba como hipnotizado por el cuento. Escuchó con sorpresa como Leone dejó lo que estaba haciendo, perdió parte de su cosecha que otro levantaría por él a su beneficio y fue tras ella.

—¿No le importó que hubiera ella ido con otro hombre? ¿La perseguía para matarla?

—En ese momento, no sabía bien por qué. Creo que lo esencial es que necesitaba que ella me explicara el porqué.

—¿El otro hombre la buscó también?

—No. El otro hombre era policía y para él Pina fue solo una aventura. Estaba seguro de eso. Pero necesitaba que me dijera por qué se había escapado sin hablar conmigo. Me tenía que explicar. Así pensaba.

El cura le contó una larga historia con mucho detalle. Cómo casi la alcanza cerca de Milán. Cómo descubrió que iba hacia Génova. Y lo peor, cuando descubrió que se había embarcado rumbo a Nueva York.

—¿Cómo hizo sin autorización? Además, ¡entiendo que el pasaje es caro!

—Lo hizo. Se metió en tercera clase junto con otros mil pasajeros.

Leone se volvió a secar la boca y dijo con voz baja y ronca:— No termina ahí. La seguí en otro barco. Llegué a Nueva York una semana después que ella. No te cuento el viaje porque es peor que la peste. Pero desembarqué.

—¿Cómo hizo para seguirla en ese país? ¡Hablan inglés!—Es cierto, hablan diferente, pero en esa época había muchos italianos. Organizaciones de ayuda. Pero yo la buscaba a ella y tenía poco tiempo porque me faltaba plata. Me ayudó un paduano que estaba en contacto con la policía.

—¿La encontró?

—Tardé como un mes. Se había ido a Boston. ¿A que no te imaginas dónde la encontré?

—En una casa de familia. En la cocina de un restaurante italiano.

—No, en un burdel. Por lo menos, uno de categoría.

Cármine no sabía qué decir.

—¿Qué le explicó?

—No le pude dar tiempo. No contuve mi furia. Saqué un revólver que me habían prestado, le apunté y disparé tres veces.

—¿La mató?

—Aunque no me creas, le erré las tres veces. Aparecieron unos pelirrojos que me quitaron el arma no sé cómo y me molieron a

golpes. Solo me acuerdo de su risa estúpida mientras me tiraban a la calle.

—¡Qué horrible!

—Sí. Horrible. Vino la policía y me detuvieron a mí y en menos de una semana estaba de vuelta en un barco de regreso. Todavía me duelen los golpes de esos irlandeses malditos o no sé si más me duele la risa de Pina.

—Debía estar borracha.

—Eso me dijeron mis paisanos en Brooklyn antes de embarcarme. En el viaje de vuelta, reflexioné mucho. Me acordé que ese invierno, al ceder parte de la cosecha a quien la levantaba, lo iba a pasar mal.

—Claro. Qué mal momento.

—Aquí me ves. Fueron esos duros tiempos los que me hicieron escuchar la voz de Dios. Acaté su llamado.

Cármine estaba más confundido que antes y la triste historia de don Leone no resolvía para nada toda la cuestión. Pero no era momento de insistir con el viejo. Pero él todavía le dijo:—Reflexiona Cármine. Piensa en el futuro.

Justamente en eso estaba pensando Cármine. Pero el asunto clerical no daba para más. Lo saludó con cordialidad y salió a la calle. Había dejado de llover. Ya era algo.

Volvió a la casa, que era un viejo depósito de hielo de la familia Alfano. Probablemente, debía haber tenido otro uso previo porque los muros eran muy viejos. En opinión de Cármine, que amaba la historia de Roma, el latín y los mitos originales griegos, podría haber sido la base de un pequeño templo griego luego romanizado. Sobre esas ruinas, posiblemente construyeran un cobertizo o quizás una casa que en los siglos degenerara en abrigo para los animales y luego depósito de frío. Desde ese lugar, la vista al mar estaba cubierta por grandes árboles que seguramente fueran plantados cuando construyeron, más arriba, la mansión Alfano, que estaba trepada al acantilado con una vista espectacular. Cármine, con herramientas rudimentarias, había hecho algunas excavaciones y po-

día jurar que ese color oscuro del material era mármol. La blanca base de un templete. No tenía la menor idea de quién pudiera ser el venerado allí, pero eligió a Circe. Su casa estaba sobre el templo de Circe. Una idea encantadora. A su madre y hermanos la cuestión no parecía del menor interés, pero para Cármine era una linda fantasía. Mientras pensaba cuál era el camino para poder conocer ese mundo que seguramente estaba fuera de Ravello, o por lo menos lejano y extraño al templo de Circe y sus pobres habitantes. Bajó hasta el bosque, sin dejarse ver por los empleados de los Alfano, y se puso a contemplar el mar. Tanto pensar en Circe, hija del sol, ninfa hechicera, los aromas de las hierbas lo empezaron a atrapar. Imaginó que podía ser posible avisarle a un simple mortal de cuáles eran las posibilidades de las pócimas del bosque, los filtros y extractos buenos para la magia. Recordaba que en sus lecturas la magia de las hierbas era tan grande que no se necesitaba conocer nombres o dosis, alcanzaba con dejarse llevar por sus propias manos. Eso debía ser para otra época de crédulos. Descartó la idea de probar las hierbas, ni tan solo probar. Pero la visita al bosque no había sido en vano. Sin quererlo, se desenrolló en él un alarmante razonamiento. ¿Quién se iba a ocupar de su madre si él dejaba Ravello? No podía dejarle todo el trabajo a su hermana. Tampoco le podía dejar dinero porque no tenía. Se le presentó así la perspectiva real y concreta de la materialidad de la vida, para hacer las cosas hay que tener con qué. No solo la idea de qué cosa hacer, que además en ese momento en Cármine era bastante poco definida. Antes de ponerse a pensar dónde ir y a hacer qué, tenía que proveer a su madre. Hizo una especie de plan de trabajo inmediato. Con una sonrisa de satisfacción, agradeció a Circe cualesquiera que hubiera sido su aporte, se hizo la señal de la cruz que también le daba confianza y se puso a caminar hacia la casa.

Esa noche preparó un plan. Su futuro era claro, no estaba en Ravello. Peor aún, su presente podía empeorar al terminar la asistencia a los estudios y su lugar en la iglesia. Podría engatusar a don Leone por unos meses con una supuesta vocación religiosa, pero

no le iba a servir mucho tiempo y no le gustaba tampoco engañarlo así. Razonó que la primera cosa sería ir a la misma Nápoles, concluidos en fecha próxima sus estudios. En la gran ciudad, conseguiría seguramente algún trabajo. Por ejemplo, dar clases particulares de sus materias fuertes, latín, griego y matemáticas. O alguna otra de las muchas cosas que escuchaba que se podían desarrollar en la gran urbe. Nápoles fue la capital cultural de Europa solo un siglo antes. ¡No podía ser de otra manera, ahora el destino de su acción, su oportunidad!

Antes debía resolver un par de asuntos, el primero tener el título de propiedad de la casa donde viven. Es necesario dejarle a su madre un techo seguro y, si es posible, algún dinero para que su hermana lo administre. Annunziata estaba débil, pero se la veía bien. Cármine debía seguir su camino, pero dejar los asuntos ordenados. Lo principal era tener su acta de dominio y juntar algunas monedas, una decena de ducados que algunos aceptaban más que la lira italiana del nuevo reino. Esa noche, su madre estaba mejor que otros días y como buena mamá se dio cuenta de que su hijo estaba meditando algo. Lo fue tanteando hasta que Cármine, directo y claro, espetó:

—¡Estoy pensando irme a Nápoles por un tiempo!

—¿Qué vas a hacer en Nápoles?

—Voy a dar clase de latín, griego y matemáticas a los alumnos del colegio real.

—¿Y por qué no lo haces acá y vas tomando experiencia?

Cármine no sabía qué contestar porque, efectivamente, era una buena idea. Entonces le dijo:—Es una buena idea.

Pensó que no solo era inteligente, sino que también podía juntar algo de dinero. Se puso contento.

—¡Tú piensas que porque no tengo ilustración como tú no puedo pensar!

—¡Ja, ja, nada de eso!

Aunque era realmente eso. Era una sabiduría y lógica que no se encontraba solo en los libros.

Esa noche, Cármine se fue a dormir con algo más práctico que el plan que se le había ocurrido antes. Por la mañana, ya desde temprano, fue a la notaria real para verificar los datos de la casa. Lo recibió un ujier que lo llevó a una gran sala llena de gente y le dijo que esperara.

Cármine se acomodó confiado en el ambiente y esperó. Al mediodía, se levantó a buscar al mismo que le señaló el lugar de espera. No lo encontró. Mientras caminaba en la búsqueda estéril, vio la puerta pesada de una oficina. Puso la cabeza adentro y vio un enorme escritorio. Cuando intentó ver mejor la cara del que estaba sentado con la cabeza dentro del rapé, una mano musculosa lo agarró por la espalda.

—¿Tiene una cita con el escribano sustituto?

Cármine no sabía qué contestar porque no tenía cita. Se notaba que el otro leía bien la mente porque lo arrastró de nuevo al gran salón. Lo amenazó con llevarlo a la policía la próxima vez que estuviera metiéndose en oficinas sin cita.

—¿Dónde se piden las citas?

—Si esa es su pregunta, se nota que no tiene la menor idea. Mejor vaya al café.

Esa era una forma de decirle que no perdiera el tiempo. Cármine se sentó en un muro bajo que estaba cerca de la escribanía. Necesitaba pensar. Le pareció, en un instante, que la cabeza del funcionario tan importante que tenía la nariz metida en el rapé que su fisionomía era conocida. ¿De dónde? Así fue como Cármine encontró uno de los procedimientos que le sería útil en el futuro. Cómo recordar. Lo hizo de modo desordenado. Ya lo entendería mejor. Pero le sirvió. De a poco, rediseñó en su mente el perfil de la persona que buscaba. Trató de ubicarlo, en la escuela, en la calle, en la iglesia. Ese era el lugar. Lo ubicó perfectamente al recordar haberlo visto varias veces con don Leone. Ese era el camino. Le iba a pedir dos cosas muy importantes al presbítero. La primera era que lo presentara al notario sustituto y la segunda que lo recomendara para dar clases particulares. ¿Qué le pediría a cambio? No tardaría mucho en averiguarlo. Sin perder tiempo, fue a la iglesia y ese día trabajó como nunca. Al fin, pudo ver a don Leone.

—Querido Cármine. Sabes que tus estudios en lo que llamamos la escuela son en realidad clases grupales que nos ofrece el sabio doctor Sublime.

—¿Por qué me lo dice?

—Me gusta que seamos aristotélicos y entendamos las causas para analizar y comprender los efectos.

—Me pierdo un poco.

—Ahora te encontrarás de inmediato. Escucha y no te anticipes.

Resulta que, como bien sabes, nosotros pagamos tus estudios y tú nos ayudaste primero como monaguillo y ahora como asistente del sacristán. Trabajo muy importante.

Cármine todavía no se había hallado en el proceso lógico, pero una desconfianza instintiva lo atrapó.

—El doctor Sublime, director de la escuela, de tan extraordinaria preparación en el iluminado camino de la ciencia, nos ha dicho que te destacas en el latín, el griego y las matemáticas.

—Muy generoso de su parte.

—Bien, por otro lado, me estás solicitando que te recomiende a algunos alumnos particulares y además que te contacte con el escribano sustituto, que se llama *barone* Molfetta.

En ese momento, el cura hizo silencio y se secó, como tantas veces, la boca con un pañuelo oscuro que sacó de debajo de su sotana. Hecho el movimiento, se quedó mirando los bellos vitrales, absorto en algún pensamiento. Cármine se quedó mirándolo. Los minutos pasaron lentos al tiempo que unos rayos de sol se filtraban en sus colores por las grandes ventanas.

—Verás, Cármine. Tu excursión a la notaría fue notada por varias personas. Yo me pregunté por qué razón podrías estar en esa ofician. Me tomé el trabajo de verificar, porque era lo más probable, quién tiene el título de propiedad de la casa que ustedes ocupan.

—Ahh, qué bueno, se pudo anticipar —atinó a decir el joven, preguntándose a dónde lo llevaría tanto interés. El cura hizo otro silencio. Se levantó y se sirvió medio vaso de vino.

Cármine lo miró sorber lentamente desde su copa. Su estómago se puso tenso porque tenía malos presentimientos.

—Yo creo que eres un buen hijo que quiere poner a nombre de su madre la propiedad y, al mismo tiempo, aportar unas liras o ducados tal vez al bienestar de la anciana.

—¡Claro! ¿Qué otra cosa podría querer si no eso?

—Bueno, muchas. Por ejemplo, quedarte a tu nombre con la casa, venderla y llevarte el dinero.

—Pero para eso no le pediría recomendaciones de alumnos para llevar dinero a casa. Además, solo quería saber a nombre de quién estaba la casa porque tampoco la puedo pagar.

—Eso también lo imaginé, querido Cármine. Afortunadamente, la propiedad nos fue dejada en legada por *donna* Fiammetta Alfano casi hace un siglo. En verdad, una donación bastante pobre con todo el dinero e inmuebles que tienen.

El joven recuperó el ánimo, comprendió que el cura era una persona práctica y no era necesario simular nada. Era la primera vez que estaba frente a una transacción. Tampoco estaba seguro de que se la ofrecería, pero ahora era moderadamente optimista.

—Hace un tiempo tuvimos una conversación donde me comentabas tu negativa a una vida religiosa.

Cármine observó el manejo de los silencios que hacía el cura, mucho más experto, evidentemente. Cada vez que planteaba algo pesado o que lo ponía a él, Cármine, en una situación de debilidad, hacía un silencio como para dejar el pensamiento a sedimentar. Decidió tratar de cortar el ambiente y avanzar.

—Eso es cierto, pero ya lo sabía. ¿Por qué me lo dice justo ahora?

—¡Qué bueno que seas tan inteligente! Nos vamos a entender bien, muy bien.

Cármine se acomodó en la silla de madera alta y dura, lo mismo hizo el cura. Ahora estaban a la par, como sincronizados. El joven se sintió más cómodo en la situación esperando lo que vendría.

—Te propongo lo siguiente: trabajas dos años conmigo, directamente. Yo te consigo los alumnos para que juntes algún dinero y

al final de los dos años, o sea, en primavera del final de marzo de 1892, pongo la casa a nombre de tu madre, si vive, o para quien me indiques.

Cármine, esta vez, se movió más de la cuenta en el asiento, demostrando cierta sorpresa. El otro fue más rápido que su pensamiento.

—Quédate tranquilo. Tus conocimientos de latín me van a ser muy útiles y a ti también. Te vas a encargar de enviar toda la correspondencia y corregir al vicario, que es tan bueno para muchas cosas, pero no maneja bien el latín. Tus clases serán de latín, griego y matemáticas y específicamente a los alumnos que yo te indique y en los horarios que decida.

Cármine consideró que era una tarea a su alcance. El latín eclesiástico tenía algunas diferencias con el escolástico que había aprendido, pero lo integraría con facilidad.

—Hay una cosa más, que es una formalidad, pero te lo tengo que decir y advertir. Porque es muy importante.

—¿Cuál?

—Para poder entrar en las casas patricias y dar clases, es mejor que tengas una primaria ordenación. O sea, tendrás la primera tonsura.

—Pero ni siquiera estuve en el seminario.—Eso es verdad. Por eso ya he hablado con el obispo y aquí tengo el documento que certifica que en el día de mañana recibirás ese primer grado en el largo camino al presbiterio.

No entiendo.

—Es muy fácil. El obispo está muy ocupado, así que ya tenemos el documento con los testigos fieles y nos queda que te cortes ese pelo justo en la nuca, señal de la tonsura.

—¿En qué cambia mi vida?

—Por dos años debes obediencia, castidad formal y pobreza. Que todos lo puedan ver así y tú vivirlo.

—No estaba preparado para eso.

—Por eso te recordé nuestra conversación. No son nada más que dos años y luego eres libre; si quieres, podrás tomar otro camino.

Cármine se quedó sin palabras.

—¿Qué te preocupa? Por lo que vi no tienes novia ni estás con muchas mujeres y estás todo el día con el doctor Sublime y acá en la iglesia, además de en tu casa. Tu vida no cambia. En poco tiempo, vas a tener una casa y ser conocido como tutor y profesor en las casas más importantes de Ravello.

Seguía sin recuperar el habla.

—Lo tengo que pensar.

—No lo demores mucho porque el que nos hizo el acta es justamente el escribano Molfetta bajo pedido del obispo, naturalmente.

—¡Qué raro todo!

—Ya te acostumbrarás. Conocerás la forma y el fondo, como en todas las cosas.

—¿Qué es castidad formal?

—Ya te darás cuenta. Deberás confiar en mí.

Cármine no sabía bien qué hacer. Se levantó, saludó y salió. Caminando bajo el sol de la primavera, que apenas iniciaba, también se dio cuenta que el otro, con astucia, había dejado el golpe fuerte para el final cuando el joven había bajado la guardia. ¡Era astuto el viejo! No sabía qué hacer, pero lo que era seguro es que con don Leone aprendería mucho. Sentía el ruido de sus pasos y se tenía que concentrar para encontrar una respuesta.

Mientras tanto, don Leone tenía una ancha sonrisa de satisfacción. Se sirvió un poco más de ese vino fuerte y espirituoso.

